# Éthos *económico, presente gnómico y la violencia del realismo* inevitable

Nicolás Lavagnino
(CONICET-CIICTI-UBA)

Este trabajo apunta a mostrar de qué manera se comunica y valida el conocimiento económico disciplinar. En un contexto de marcada disputabilidad paradigmática dentro de ese campo científico, que recurre de manera sempiterna al viejo tópico de la demarcación epistemológica, afirmo la conveniencia de adoptar un enfoque retórico, siguiendo las indicaciones de Deirdre McCloskey, recuperando asimismo aportaciones liminares de la retórica y la filosofía de la ficción de Northrop Frye y de la teoría política de Jean Pierre Dupuy. En conjunto estas contribuciones me permiten destacar la importancia de lo que denomino el género de la *sátira académica*, la problemática del *éthos* (autoral, agencial, social) en la narrativa económica, las modalidades de la temporalidad *gnómica* y el recurso a un protocolo de significación típicamente realista que, siguiendo a McCloskey, podemos calificar como *inevitable.* Estas estrategias, sostengo, no tienen otro resultado más que azuzar una disputabilidad que, a su vez, intentan suturar violentamente. El radical antropológico de la situacionalidad retórica nos devuelve así una vívida imagen, de notables consecuencias políticas y sociales, de la crisis paradigmática que vive el pensamiento económico.

## *I- Disputabilidad paradigmática: a nice derangement of economic epistemes*

"El estructuralismo es a la economía lo que la astrología a la astronomía. Es pseudociencia, punto". Con este retuiteo uno de los principales asesores del actual Ministro de Economía de la Argentina apuntaba a intervenir en redes en una discusión en torno a los límites de la respetabilidad disciplinar en el ámbito económico. Discusión que incluía, también, contribuciones como "ser estructuralista en 1950, *ponele*. Ser estructuralista en 1980, un errático. Ser estructuralista en 1995, un troglodita. Ser estructuralista en 2025, vive en la pedósfera sin remedio, un pelotudo antológico".

Las personas involucradas en estos actos de habla, con ser irrelevantes, resultan no obstante representativas de lo que podríamos denominar un talante disciplinar surcado por paradigmas en crisis. El estructuralismo económico es una escuela latinoamericana de análisis que se remonta a Prebisch e incluye a autores como Cardoso, Furtado y Ferrer, en un modelo teórico de desarrollo asociado a la sustitución de importaciones, el análisis del deterioro de los términos de intercambio y los condicionamientos en las relaciones internacionales entre el centro y la periferia. Si esta corriente, vinculada a instituciones como la CEPAL, resulta ser una pseudo-ciencia, el recurso a la estigmatización pública implica la actualización de un viejo tópico epistemológico de importancia crucial en la economía hoy en día: el problema de la demarcación.

Se entiende la frustración. "Los matemáticos, los físicos, los químicos no vuelven cada uno a poner en cuestión la totalidad de su ciencia, sino que recogen los progresos de sus antecesores y añaden nuevas proposiciones verdaderas a las ya admitidas como tales. Pero en la filosofía, nada queda firme. Cada pensador destruye todo lo hecho antes de él y construye de nuevo un edificio". De esta manera "la historia de la filosofía no es la historia de una ciencia, sino la historia de múltiples sistemas, deshechos apenas terminados y enseguida sustituidos por otros, que corren pronto la misma suerte" (García Morente 1975, 19). Podríamos reemplazar la palabra "filosofía" por "economía" y no estaríamos perdiendo gran cosa.

La economía es un campo disciplinar surcado por un sistemático barajar y dar de vuelta en el que la noción de un sistema incremental de conocimientos signado por una concepción teleológica del saber cruje de manera inquietante. Esto no es privativo de la economía, ciertamente,

como acabamos de ver. La realidad de la filosofía puede proyectarse en direcciones imprevistas, rehabilitando una noción de disputabilidad epistémica en ámbitos tenidos por "exactos", pero ese no es el punto aquí, sino la manifiesta contradicción entre la práctica disciplinar económica y sus presupuestos dogmáticos epistemológicos, incluyendo sus ansias de convergencia y unificación doctrinaria.

Esos presupuestos, cabe decir, no son más que el resultado de una sucesión de accidentes históricos. Ciertamente, la irradiación del canon epistémico del positivismo lógico hacia el conjunto de la disciplina se dio en el período de entreguerras, cuando el Círculo de Viena debió optar entre el asesinato a manos de fascistas (Schlick) o la emigración. Vía Carnap y Hempel, y luego Popper, el impacto de la Concepción Heredada en Harvard, Chicago y otros departamentos de economía fue enorme. El resultado fue una curiosa síntesis entre la deriva americana del positivismo lógico, el apriorismo sintético de autores como von Mises y Menger y el clásico empirismo anglosajón.

Según von Mises, uno de los padres de la escuela austríaca, la disciplina económica obra en el ámbito del "entendimiento puro" y "sus teoremas concretos no son susceptibles de verificación o falsación alguna en el terreno de la experiencia […] la medida última de la corrección o falta de ella de un teorema económico es únicamente la razón" (von Mises 1949, 858). Este apriorismo computaba en el activo de una visión normativa de la economía, que rechazaba la ilusión de desarrollar una ciencia puramente descriptiva. La deducción de principios *a priori* con guía en la razón permitía la articulación de vastas caracterizaciones antropológicas (*homo oeconomicus*) y dinámicas (teoría del equilibrio general de Walras-Pareto) que aparentaban sentar los cimientos de una metafísica incontestable de la vida ordinaria de base económica.

Este racionalismo tenía por propósito evitar los peligros de una perspectiva tenida por irracionalista y tendenciosa, que varias décadas antes de Mises, Walras veía representada por autores como Proudhon. Esos peligros solo podrían desvanecerse con el desarrollo de una teoría clara, rigurosa, exacta, que mostrara las ventajas del mercado y la propiedad bajo un régimen capitalista. En este sentido la axiomática está ordenada a servir un propósito moral y político: establecer el fundamento racional de nuestra ontología de los fenómenos económicos. El resultado antropológico de esta elucubración, el *homo oeconomicus*, atribuido habitualmente a Pareto, configura un agregado social de individuos racionales, egoístas y maximizadores de beneficios, bajo el supuesto de la capacidad de cuantificar y ordenar escalarmente preferencias hedónicas. Con ser reduccionista por postulado, la clave de este sistema interpretativo consiste en asumir que la reducción teórica es legítima y operacionalmente no trivial, conduciendo a resultados satisfactorios.

Sin embargo esta metafísica apriorística no siempre fue bien recibida y con el tiempo fue corregida, cuando no tachada de burdamente metafísica, mediante hibridaciones como las del decano del análisis económico norteamericano, Paul Samuelson, quien en sus *Fundamentos del análisis económico* (1947) y otros textos relevantes sentó las bases de una síntesis que tomaba lo necesario de las teorías del equilibrio general y a la vez se pronunciaba en favor del principio de la inducción empírica: "toda ciencia está firmemente basada en la inducción a partir de la observación de los hechos empíricos" (Samuelson 1966, 1756). Esta forma inductiva se proponía conciliar, entonces, los presupuestos metafísicos apriorísticos de los sistemas de von Mises, Menger, Walras y Pareto, con los innegables logros prácticos y empíricos del gran economista de la primera mitad del siglo XX: Keynes. Sin embargo la piedra de toque de esta nueva aproximación consistía en una curiosa mezcla de inducción y falsacionismo, adobado con matices de modelización y abstracción como "momento" de una metodología validada empíricamente.

En este contexto de hibridación y síntesis, la profunda insatisfacción con la formas apriorísticas y apologéticas de la economía (Kaldor 1978) derivó en una comprensión cada vez más amplia de que las teorías de equilibrio general eran antes un obstáculo que una contribución a la

conformación de una "auténtica" ciencia económica (Eichner 1987). El mérito de Keynes fue proveer un *corpus* alternativo, que introdujo un viraje decisivo en el campo disciplinar. Si la teoría económica apriorística guarda escasa relación con las realidades económicas contemporáneas y conducen en su aplicación rigorista a resultados desastrosos, no es menor el hecho de que antes de ser descartadas se reproducen como peligrosos lugares comunes, tópicos tenidos por obvios, conocimientos tácitos compartidos cuya eficacia antes que ser disciplinar es política, desenvolviéndose como "saberes muertos" que se asientan como pesadillas lúgubres en la mente de los vivos.

Apriorismo anticientífico, razonamiento sofisticado y contenido mistificador. Tal el diagnóstico keynesiano de las ilusiones walrasiana, en el que se objeta que la secuencia del peso argumental se encuentra invertida: contra lo aconsejado, dentro del dogma apriorista primero se eligen las conclusiones a las que se quiere arribar y luego se infieren los axiomas. El resultado guía las hipótesis, pero en este sentido es poco el conocimiento que se puede obtener (Guerrien 1989, 10). Lapidaria evaluación, que condujo a a una nueva era dentro del pensamiento económico. Indudablemente el mérito de Keynes, incluyendo en el paradigma "normal" su sistematización posterior por Hicks y Samuelson, consiste en haber estabilizado el último gran *hegemón* disciplinar transversal con capacidad de configurar sustancialmente el campo, durante la así llamada era dorada del capitalismo de bienestar. Sin embargo desde los 70' ese carácter "normal" de la ciencia económica volvió a desarreglarse, dejando una profusa oferta de marcos teóricos de base crecientemente rehabilitados, en en el contexto de una disputabilidad cada vez más intensa:

1- teorías clásicas y derivadas, incluyendo
    a- Smith y Ricardo;
    b- Marx y sus seguidores en las más diversas variantes dialéctico-materialistas;
    c- neo-ricardianos (Sraffa) que apuntaban a desarrollar, conciliar y superar a- y b-;
    d- marxismo analítico;
    e- escuela de la regulación (Boyer, Aglietta).

2- teorías neoclásicas y derivadas, incluyendo
    a- Marshall y el marginalismo del equilibrio parcial;
    b- teorías del equilibrio general (Jevons, Walras, Pareto);
    c- escuela austríaca (Menger, von Mises, von Hayek);
    d- monetarismo clásico de la escuela de Chicago (Friedman);
    e- teoría de las expectativas racionales y nueva macroeconomía (Muth, Lucas, Sargent);
    f- neo-austríacos (Rothbard, Hoppe).

3- teorías keynesianas y derivadas, incluyendo
    a- Keynes y el *Treatise*;
    b- síntesis neoclásico-keynesiana (Hicks) del modelo IS-LM, Samuelson, Tobin;
    c- poskeynesianos (Robinson, Eichner), en diálogo con autores como Kalecki (cercano a 1);
    d- neokeynesianos (Stiglitz, Bernanke);
    e- chartalistas, Minsky, teorías estatales y crediticias del dinero, teoría monetaria moderna (Mosler, Wray, Kelton, Keen).

Este panorama está lejos de ser exhaustivo, ya que por ejemplo deja fuera al antes citado estructuralismo latinoamericano, o a autores como Schumpeter y su teoría del desenvolvimiento económico y los *business cycles,* pero nos basta para mostrar el carácter acendradamente disputativo del saber en el ámbito disciplinar económico y la dificultad para realizar el cierre paradigmático al que apunta una caracterización basada en la atribución del mote de "pseudo-científica" a una perspectiva rival.

*II- Éthica económica*

La crisis de competencia permanente interparadigmática sirve para entender el surgimiento de estrategias disputativas propias del campo con miras a controlar y disipar la tensión resultante. Esas estrategias son las que pueden escrutarse cuando se realiza lo que la economista Deirdre McCloskey ha denominado una aproximación retórica de la economía (1983; cfr. McCloskey 1985, 1990 y 1994). Esa aproximación parte de una constatación demoledora: como creyente en el monetarismo de Friedman y como integrante plena de la Escuela de Chicago, a fines de la década del 70' la fundamentación disciplinar consistía apenas en la repetición superficial de ideas que "quizás habían parecido revolucionarias en Viena en 1918" (McCloskey 1985, xi), pero que ya resultaban reduccionistas en 1953 en boca de Friedman en "The Methodology of Positive Economics", y eran obsoletas e inaceptables casi tres décadas después.

La formación estandarizada en el ámbito económico, entonces y ahora, apenas alcanzaba a balbucear algunos rudimentos de Popper. Fue entonces para ella un descubrimiento introducirse en el estudio de la retórica, siguiendo a Wayne Booth en *Modern Dogma and the Rhetoric of Assent*, y los tratados sobre el conocimiento y la argumentación de autores como Michael Polanyi (1966) y Stephen Toulmin (1958). El estudio de la retórica condujo al problema hermenéutico de la interpretación y al cuestionamiento del supuesto lugar derivativo de la narrativa como forma de conocimiento, dando paso lentamente al surgimiento liminar de una aproximación retórica al fenómeno de la instanciación comunicativa de la economía profesional.

La pregunta, sencilla, que animaba el planteo de McCloskey es ¿cómo se comunica y valida intersubjetiva y disciplinarmente el conocimiento económico? La trilogía de obras que inicia *The Rhetorics of Economics* (McCloskey 1985), se completa con *If you are So Smart: The Narrative of Economic Expertise* (1990) y *Knowledge and Persuasion in Economics* (1994), en un recorrido en el que sin moverse un ápice en su credo monetarista, la autora permite construir una aproximación potente a lo que hemos denominado en otra parte la economía política del lenguaje económico o, lo que es lo mismo, a su análisis en términos de situacionalidad retórica de la narratividad disciplinar.

Siguiendo a Booth, McCloskey define la retórica como un saber vinculado a la construcción argumental y la composición de razones que puedan fungir como articuladoras de creencias en la interacción humana. La comunicación se da en un espacio y una situación signada por la profusión de razones, de voces y ángulos de mirada. En ese sentido, dice, "la retórica pone en relación proporcionada los medios con los deseos en el habla" (McCloskey 1985, xx), constituyendo "una economía del lenguaje, el estudio de cómo medios escasos son asignados para satisfacer los deseos insaciables de ser escuchado" (*ibídem*). Una mirada retórica constituye así una técnica para relevar la asignación de estos medios lingüísticos, semióticos y comunicativos en general. Para la economía esto constituye una oportunidad de dejar atrás su ingenuidad epistemológica, entendiendo cuáles son las operaciones propiamente retóricas mediante las cuales se realiza científicamente como discurso. A este respecto el servicio que la retórica puede hacer por una disciplina, en este caso la economía, es ofrecer un modelo para comprenderse a sí misma y entender en qué radican, cómo se constituyen y que efectos tienen sus procedimientos (ibíd, xxi).

El encadenamiento de la retórica a una concepción negativa, en la que se le atribuye un rol estelar en la manipulación, el engaño y la persuasión del público por parte de un hablante formado mediante técnicas específicas es una práctica habitual desde Platón, pasando por Quintiliano y Cicerón hasta Ramus en el Renacimiento o Fontanier a principios del siglo XIX. Esta actitud superficial apenas se morigera tangencialmente cuando se la intenta recuperar de manera subrogante como un arte supletorio del bien decir basado en la concatenación de partes del habla y formatos estilísticos. Esta retórica limitada, ornamental, no es la que nos interesa. La aproximación retórica

en sentido amplio puede entenderse, a la manera de McCloskey o de Northrop Frye (1963, 1970, 1977 y 1988), como proponiendo un metalenguaje que nos permita entender los patrones constructivos, disposicionales, espaciales y temporales de la comunicación humana. Si la arquitectura o la música habilitaron el desarrollo de un vocabulario técnico que nos permite habitar construcciones o escuchar melodías y, a la vez, evaluarlas, considerarlas, entenderlas y profundizar nuestro modo de vivirlas y de performarlas, el punto de la retórica es el mismo pero en lo relativo a la comunicación verbal y glótica humana. Esa comunicación se despliega en formas supraoracionales, a las que llamaremos "discurso", y se enmarca en contextos específicos que denominaremos "situaciones". Estudiar cómo las situaciones comunicativas se montan, componen, diseñan y configuran patrones de articulaciones verbales en el tiempo y el espacio es el objeto de estudio propio de la retórica en sentido amplio.

Con ser vaga, esta caracterización nos sirve para enmarcar en su interior registros más específicos: los géneros y órdenes del discurso. En la monumental *Anatomía de la Crítica* de Northrop Frye (Frye 1977, 319) encontramos como géneros el *epos*, la prosa, el drama y la lírica, permitiendo aperturas típicas según sean formas temáticas y formas ficcionales, formas continuas (como la ficción en prosa), formas discontinuas, junto con diversos tipos de formas no literarias, incluyendo las formas enciclopédicas y la retórica de la prosa no literaria. A su vez, dentro de las formas no literarias se encuentra la discursividad de lo que hemos dado en llamar prosa científica. El estudio de estos géneros es solo una, de entre varias, de las dimensiones mediante las cuales se puede analizar la arquitectura de las formas verbales. En Frye, por caso, a la crítica de géneros (esto es, los modos en que se *presenta* la estructura verbal hipotética bajo análisis) se le añade una teoría de los modos (de la agencia humana escenificada y la forma en que propone la recreación de la experiencia), una teoría de los símbolos (es decir, el estudio de la relación que tiene esa experiencia presentada con el mundo en que lo hace, qué tanto funge como "representación" de una "realidad") y una teoría del *mýthos* (como secuencia en el tiempo de acaecimientos narrados).

*Agencia, símbolo, mýthos, género*. Toda estructura verbal es pasible de ser analizada en estas dimensiones según Frye. Y a su vez cada una de estas dimensiones se ofrece para nuevas aperturas y distinciones. Lo que pueden hacer los personajes, desde la divinidad omnipotente hasta el teatro del absurdo, marca el espectro de la agencia. La relación entre el lenguaje y lo que no es lenguaje, se extiende desde el performativo puro de un *kerygma* que dispone del universo como sustancia maleable hasta la concepción de la descripción pasiva bajo un paradigma correspondentista (ya sea como signo, enunciación objetiva, o como motivo, notación pura). El *mýthos* está enmarcado por su deriva hacia el realismo, lo que Frye llama "desplazamiento", en una configuración hexádica tomada directamente de la *Poética* aristotélica. En esa configuración "las partes" del discurso permiten reconocer el trascenio de las secuencias de acontecimientos presentadas (*melos, opsis, lexis*), que son los *medios* y los *modos* mediante los cuales se presentan las tramas. A su vez, el *mýthos* dispone la secuencia de las acciones presentadas y la *dianoia* expone su tema. Lo que nos interesa, en su conexión con McCloskey y el discurso disciplinar, es el sexto elemento presente en la teoría del *mýthos* como dimensión de análisis de la comunicación verbal: el *éthos*.

Para Aristóteles el *éthos* de la obra exponía el carácter y la cualidad moral de los personajes. Ampliado por Frye a principio estructurador del sistema de personajes o contexto social interno de la obra, alcanza también a componer el modelo bajo el cual se estipula la relación entre el autor y su audiencia, en una trabajosa negociación en la que lo que el autor implica son las coordenadas de un contexto de recepción que no controla. El *éthos* entonces remite a la condición autoral, en dirección tanto de su audiencia, lo que estipula su demanda de ser escuchado y de revestir una autoridad respecto de la palabra enunciada, por un lado, como del mundo interno de personajes presentados, el sistema *éthico* en el que se prefigura una visión de la interacción humana o una hipótesis liminal respecto del orden social, por el otro. El *éthos* comprime entonces una perspectiva respecto de quién habla (quién *puede* hablar, quién está *autorizado* a hacerlo), a quién le habla y de qué está hablando,

entroncando en un mismo vector lo autorial, lo agencial y lo social.

Esta caracterización sobre el sistema del *éthos* (lo que podríamos llamar la *éthica* del discurso), nos da pie para introducirnos en el problema del *éthos* en el discurso económico, tal como lo considera McCloskey. "El *éthos*, palabra griega para «carácter», es la personalidad ficcional que asume un autor. Equivale al latín *persona* o al moderno «autor implicado» (…). El *exordio*, o comienzo, de cualquier discurso debe establecer un *éthos* que pueda ser creído. Un *éthos* establecido es el más persuasivo de los argumentos científicos, y los científicos pasan un buen tiempo estipulándolo" (*ibíd*, 7).

Por ejemplo, en expresiones tan insulsas como "hay buenas razones para creer que el mercado de la vivienda doméstica deben ser menos eficientes que los mercados de capitales" se acomoda un conjunto de procedimientos prácticamente imperceptibles, que podemos dar por sentados en su operacionalidad discreta, y que suturan para nosotros un conjunto de sentidos aparentemente indisputables. ¿Hay razones? ¿Dónde? ¿Qué razones?, ¿De quién? ¿Quién estipula que son buenas? ¿Quién asevera el "deber" de la eficiencia? Por estipulación se trata de las razones de quienes pueden sostenerlas porque son tenidas por buenas, de quienes pueden hacerlas circular y de quienes pueden recibirlas, que no son otros que los lectores implicados por los autores de este enunciado. "Todos hacen una apelación al *éthos*. Ningún discurso intencionado es no-retórico. Y no porque todo sea retórico, sino porque lo retórico se encuentra dondequiera en el habla de los persuasores humanos" (*ibíd*, 8).

El análisis de McCloskey prosigue luego, mostrando cómo el discurso económico se apoya en esa forma de la prosa continua dentro del espectro de la ficción no literaria que podemos denominar *sátira académica* (Frye 1977, 433). En esta codificación genérica el *éthos* se presenta en la forma de un personaje, un pensador profundo, que defiende el punto de vista de aquellos amenazados por un punto de vista contrario, sostenido por el antagonista del pensador profundo, que no es más que otro pensador profundo, pero ¡ay!, irresponsable. El ejemplo de Walras previniendonos contra el aura socialmente disolvente de Proudhon puede sernos de utilidad aquí.

El objetivo de la sátira consiste en revertir el punto de vista de la audiencia, configurando una transvaloración respecto del mundo narrado. Lo que era tenido por bueno al inicio de la acción narrada, debe ser demeritado, y lo que es considerado deplorable se descubrirá posteriormente como provechoso. El punto de viraje radica en la contraposición estrábica de miradas, hasta la saciedad, mostrando la futilidad del empeño y las motivaciones humanas, siempre equivocadas, siempre divergentes, siempre a punto de extraviarse en los suburbios de la racionalidad. La multiplicación de los ángulos y de las miradas conduce a una toma de distancia respecto de identificaciones precedentes. Pasiones fatuas versus la realidad de una racionalidad insensible a toda atribución indexical. "No me aplaudan a mí. No soy yo quien habla. Es la Voz de la Historia a través mío quien lo hace", dijo Foustel de Coulanges al final de su lectura inaugural en la Universidad de París. El fantasma de la narrativización mencionado por Hayden White (White 1992, 18) se presenta aquí de manera ubicua.

Los indexicales atan el discurso a un tiempo y un espacio específico. Su eliminación permite la construcción de una discursividad en la que el autor implicado se vincula con su audiencia de una manera muy específica: "no me aplaudan a mí". Este descargo vicario de autoridad en una realidad que se expresa por sí misma requiere, no obstante, un trabajo en la expresión. La contraparte del borramiento de la indexicalidad del discurso es su elevación, si no en estilo, al menos en complejidad. "La economía moderna es oscura en estilo. La oscuridad de estilo es necesaria para defender el *éthos* científico" (McCloskey 1985, 11). El dominio de la complejidad es lo que le confiere autoridad al mediador disciplinar. Y mediante esa autoridad la mediación constituye también a la audiencia implicada, aquella susceptible de convertirse en destinación del discurso.

La piedra basal de la complejidad en el caso del discurso económico es el uso de la formalización y la notación matemática, y el recurso a procedimientos de articulación discursiva pretendidamente no narrativos. Sin embargo esos procedimientos dependen a su vez de codificaciones y valoraciones cuya única posible expresión es glótico-verbal. "La estadística y las formas de representación gráfica cuantitativa son figuras del discurso con vestimenta numérica" (ibíd, 21). El argumento de McCloskey, no obstante, no implica demeritar a la economía por su recurso a herramientas figurativas, narrativas, *éthicas* y retóricas en general. No se trata de denunciar la presencia de un "mero" humanismo en el trasfondo de la economía formal, sino de mostrar la operatividad, la potencia, la profundidad del lazo entre ciencia e interés humano, lo cual da cuenta no solo de su enraizamiento en la cultura sino de su importancia como ámbito institucional. La retórica de la economía debería llevarnos no a desconfiar de la construcción disciplinar del conocimiento sino a volvernos más competentes en la comprensión de su funcionamiento, aprehendiendo sus modos, sus procedimientos y volviéndonos más reflexivamente responsables respecto de las consecuencias epistémicas y no epistémicas a las que conduce.

El análisis retórico conduce a reconocer el *éthos* implicado en todo discurso. El *éthos* presente dentro del *mýthos*, narrado, y el *éthos* genérico, en la forma de la presentación y realización del discurso, su autorización, validación y circulación social. Qué sistema de personajes, que representación de la vida en común, que hipótesis de lo social *aparece presentada allí*, y qué estructura de autoridad y circulación comunicativa, qué radical de presentación y enunciación disciplinar requiere *esta* forma y *este* modo de presentación.

*III- La violencia* gnómica *del realismo inevitable*

La configuración de un sistema de autoridad discursiva y de una hipótesis de lo socialmente narrable son las dos grandes direcciones del horizonte del *éthos* discursivo disciplinar. Por caso, estos dos ejes de coordenadas son también aquellos que se transparentaban en la aproximación al liberalismo económico en la obra de Jean Pierre Dupuy. El argumento en *El sacrificio y la envidia* (Dupuy 1998) se hilvana en torno al dilema de la economía como naciente teoría ilustrada de lo humano que, progresivamente, se escinde de la ética y rebasa el horizonte de una teoría del juicio moral, para afirmar su derecho a una autonomía epistemológica que toma prestadas del paradigma dieciochesco de la ciencia newtoniana sus procedimientos. La *mano invisible* y otros elementos del repertorio de Adam Smith fundan, antes que una sociología de la moral, una auténtica ciencia de lo social. Esa disciplinarización es la que, paradójicamente, permite el "retorno" de lo económico ya no como un vástago emancipado de la teoría de los sentimientos morales, sino como el basamento de una novel ética fundada científicamente (Dupuy 1998, 105) que pretende someter a todas las demás hipótesis y vocabularios de lo social de los que se desprendió originariamente.

Según Dupuy es finalmente con la obra de von Hayek que se anuda la recuperación de una filosofía del espíritu sintetizada en Adam Smith con el despliegue contemporáneo de la teoría de los sistemas complejos (von Bertalanffy, Wiener) y la teoría de la información (von Neumann). En esa matriz de pensamiento nuestra pertenencia a un suelo de nexos sociales que nos antecede, el reconocimiento de la tradición, la captación de reglas y marcos institucionales fruto de la experiencia colectiva en la que nos insertamos, son nuestra guía primaria para el comportamiento. En la medida en que participa de la sociedad, el individuo se sobrepasa a sí mismo, en pensamiento y en acción. Los agentes son, así, nexos encarnados, puntos de actuación de un sistema infinitamente más complejo de lo que puede representarse (von Hayek 1967).

El argumento *éthico-político* de esta filosofía social se comprende perfectamente: el error fatal, la desmesura y arrogancia, por caso, de la economía planificada, de la regulación pública o del intervencionismo estatal de bienestar, es la falta de comprensión de este legado durable de la teoría

de los sistemas y de la teoría de la información: la sociedad es para nosotros un entorno infinitamente complejo (von Hayek 1978). Lo que llamamos "sistema social" es nuestra pobre intelección y abstracción, entre la miríada de variables y constantes que puntúan el dominio bajo análisis, de un puñado de ejes y dimensiones que atraen nuestra mirada. Cualquier sistema, y por añadidura nuestra comprensión de la forma en que el sistema social o económico se nos presenta en la percepción, es infinitamente más *simple* de lo que el torbellino causal suscita en nuestras mentes. Concebimos sistemas para reducir complejidad de entorno. Pero este carácter arrebatado del entorno es justamente el basamento de la libertad, puesto que ningún orden figurado, ninguna ficción totalizadora puede imponérsele a los sujetos instanciados en sistemas complejos. El individuo está sobrepasado por la totalidad social y no es más que una termita semiótica recorriendo un termitero signado, una individualidad enlazada a un sistema de incitaciones colectivas, pero eso no le subordina, porque no hay ninguna instancia última de control (Dupuy 1998, 298). Sistémicamente el plexo social y colectivo es un efecto de composición de las volencias individuales, por lo que abordarlo desde un ámbito bienpensante tributario de añejos basamentos morales, religiosos o políticos no es más que un confuso error categorial.

Este breve excurso por la filosofía político-económico-sistémica de von Hayek sirve para mostrar la aporía a la que conduce el sistema *éthico* de la economía: como *sátira académica* configura un escenario en el que la sociedad es antes un termitero orientado supra-individualmente por una semiosis de precios exteriorizada, cuya complejidad excede lo que puede intelectualmente aprehenderse. Y sin embargo, esa complejidad es nocionalmente aprehendida. ¿Por quién? Por el pensador profundo, que es el que puede declinar la narrativa de un saber irrebasable, exterior y, no obstante, autoritativamente dispuesto en el ámbito de la historia de las ideas. Como rétor, von Hayek se expone a elucubrar una ficción totalizadora sobre la imposibilidad de una ficción totalizadora, en el nombre de la libertad última que inhiere a las termitas semióticas. Pero ¿qué hipótesis de lo social puede habitar ese *éthos*? Lo que sostengo es que solo en la penumbra de un tiempo que no es ningún tiempo puede demarcarse un saber que antes que un saber es el heraldo de una realidad tenida por inevitable.

*Éthos*, para Homero, era la guarida donde habitan los animales, tanto como la morada en la que fructifica lo humano. Largo fue el trecho hasta que se configuró la idea de un *éthos* como carácter o modo de ser derivado de la costumbre adquirida, *persona*. El *éthos* temático es uno de los enfoques persuasivos de la oratoria (junto con el *páthos* y el *lógos*), en el que el orador se vuelve creíble para una audiencia al remitir a una unidad de vida compartida, construyendo una imagen discursiva que alienta a la identificación y establece un principio de continuidad entre los diversos elementos que conforman la instancia de enunciación retórica. Dos grandes unidades del comportamiento colectivo coadyuvan en esa fijación: el *rito* y el *mito*. Dentro del mito se articula una visión reconocible del horizonte social postulado: el sistema de los personajes (el *éthos* ficcional) que se encabalga a la acción narrada en el *mýthos*. Los medios y los modos de la presentación confluyen para mostrar la elucubración de una teoría de la personalidad que se imparte episódica y ritualmente en el espacio público. ¿Pero qué personalidad es posible en el termitero? ¿Cómo puede estatuirse la realidad impávida de un orden que rebasa toda intencionalidad? Apelando a la inevitabilidad de una temporalidad que es todos los tiempos y no es ningún ahora.

"La manufactura mecanizada a gran escala requiere no solo maquinaria y edificios, sino capital social. Este es costoso y el retorno de la inversión es habitualmente largamente diferido". ¿Cómo se conjuga ese *requiere* y ese *es* dentro del enunciado? En gramática el *presente gnómico* es un aspecto, modo o tiempo, también llamado neutral o genérico, que tiene por peculiaridad desanclar al verbo de toda limitación temporal. En ese sentido el presente *gnómico* no concibe al tiempo de ninguna manera en particular (como continuo, habitual o perfectivo) y tampoco brinda ninguna indicación respecto de la actitud del hablante (indicativo, subjuntivo, potencial) hacia el enunciado. La lengua española no tiene ninguna inflexión distintiva para el presente *gnómico*,

aunque se percibe lexicalmente en la conjugación copulativa con los verbos ser y estar. Sin embargo en inglés y francés (y crecientemente en los usos cultos y académicos en español) la expresión de verdades generales mediante el recurso al tiempo *gnómico* se vuelve indistinguible de la conjugación del presente simple: "el agua hierve a 100 grados Celsius" no requiere ninguna distinción específica respecto del uso indexical del tiempo presente del tipo "Juan espera en la vereda". El "requerir" y el "ser" de la maquinaria asumen una forma gramatical indiscernible de las verdades tópicas perfectas presentes en los refranes, aforismos y verdades generales del tipo "la falta de disciplina es la ruina de muchos".

El presente articulado mediante piezas de literatura sapiencial da lugar a un género específico conocido como *gnomas*, que al emplear la parte prefija *gno-* denota su vinculación con el conjunto semántico del conocimiento. Pero esa conjugación implica el desanclaje y la suspensión de la maquinaria indexical del lenguaje ordinario. Menudo problema el de la demarcación, si el presente *gnómico* típico en las sentencias y fábulas del refranero tradicional es el instrumento por antonomasia de declinación gramatical preferido por la sátira académica científica. El tiempo desindexicalizado del refranero popular es exactamente el mismo que el empleado por los profetas de la teoría de sistemas en el termitero semiótico. En esa etérea temporalidad la expresión verbal se retrae a un tiempo anterior a todo antes, un horizonte de significación que preludia al *epos* y la lírica, y que en su disonancia exhibe la inextricable vinculación entre moralidad, costumbres, ritual y condicionamiento de la acción mediante la estipulación de lo concebible a través de procesos de ficcionalización altamente enmarcados y reglados. Antes un culto que una disciplina científica.

Así las cosas apenas sorprende que McCloskey atribuya a los economistas el rol de poetas y novelistas (McCloskey 1985, 12), narradores portentosos que tienen que movilizar los procedimientos *gnómicos* en pos de instituir su autoridad de cara a su audiencia. Tampoco resulta muy desafiante teóricamente aseverar que la novela realista y el ensayo académico son dos formas de apelar al conocimiento tácito y el acervo tópico compartido para instanciar contenidos en la comunicación. En ese sentido estas formas genéricas trabajan con un amplio espacio de horizontes compartidos de concretización en las que la expresión verbal se recuesta antes en lo que significa y no dice que en lo que muestra.

El manejo de lo "obvio" y lo "evidente" se deja librado a un trabajo de legitimación *éthica* de voces, temas y audiencias autorizadas e implicadas recíprocamente. "Nada es obvio en una página impresa, excepto que ciertas marcas se han hecho en una superficie en blanco" (ibíd, 17). El manejo de esos elementos implícitos y compartidos es tanto más fundamental cuanto más articulada, compleja y oscura sea la performance lingüística. La formalización no provee una escapatoria a este respecto en la medida en que "una teoría matemática solo puede ser construida apoyándose en conocimiento tácito antecedente y puede funcionar como teoría solo dentro de un acto de conocimiento tácito" (Polanyi 1966, 21).

En última instancia, el recurso a la formalización y matematización de la expresión económica en el marco de la sátira académica sólo puede cumplir una función, paradójica: al igual que el género maravilloso (Todorov 2006, 41), dice McCloskey, el extrañamiento por formalización implica alienarse respecto de la percepción cotidiana del mundo de la naturaleza para prescribir la necesidad práctica de suscribir a otro concepto de realidad. La forma compleja y oblicua de la ficcionalización disciplinar, su presentación desplazada respecto de la percepción ordinaria, tiene como resultado preparar a la audiencia para una nueva aprehensión. Y esa aprehensión, a su vez, desemboca satíricamente en la comprensión de lo fatuo de la percepción antecedente, y un compromiso sin hesitaciones respecto de la nueva ontología presentada.

En última instancia el trabajo de la sátira académica se inscribe, con su mandato notacional-literal y descriptivo en la siempre vigente codificación realista de la ficción. "El buen

trabajo empírico en economía es como la ficción realista. A diferencia del fantástico, declama seguir todas las reglas del mundo (bueno, al menos todas las importantes). Pero por supuesto esto también es ficción" (McCloskey 1990, 31). El realismo al uso, no obstante, no es el de un yo que se enfrenta al mundo, sino el de una conciencia de la exterioridad que suprime todos sus elementos indexicales de acuerdo a los postulados del presente *gnómico*:

> La supresión del «yo» en la escritura científica es más significativa de lo que se podría pensar. En la novela moderna, la supresión del «yo» autoral ha dado lugar a una técnica peculiar de la literatura: el «discurso y pensamiento representados». Los gramáticos la denominan «discurso indirecto no anunciado», el *estilo indirecto libre* (ibíd, 32)

La técnica erudita en el discurso temático podría suscribir a esta marcación mostrando la forma en que la supresión del yo conduce a lo que McCloskey denomina sardónicamente "estilo indirecto *inevitable*". La importancia de establecer en el exordio la fiabilidad del enunciador se revela plenamente ahora: la mediación comunica una inexorabilidad tenida por parte del mundo, en un modo que hace violencia de toda forma que intente establecer algún principio de continuidad entre la instancia de enunciación, el enunciador, lo enunciado y la audiencia.

La primera violencia ejercida aquí, entonces, remite a aquello con lo que habíamos comenzado nuestro recorrido: la demarcación. La destrucción de los vasos comunicantes que enlazan a los que hablan con su deseo de ser escuchados y aquellos que escuchan, permea en la forma de un discurso crecientemente hermético que rehúsa todo escrutinio de sus procedimientos retóricos en el nombre de la inevitabilidad. Junto con ello se destruye el delicado basamento indexical que conecta lo dicho con la instancia en que es enunciado: el *aquí* y el *ahora* que vuelve al lenguaje parte de la vida social. Finalmente, se violenta y se cristaliza toda hipótesis acerca de la vida en común, en el nombre de una complejidad que asume la forma de una exterioridad en forma de ficción totalizadora imposible en torno a termitas semióticas. En suma, las violencias de la ficción disciplinar adoptan las formas aparentemente indisputables de la *sátira económica, el presente gnómico y el realismo inevitable.*

*IV- Conclusión o de la imposible ficción totalizadora de una inevitable deriva sin aquís ni ahoras*

La retórica es una aproximación al lenguaje que permite comprender la economía de medios y fines de la comunicación humana y las formas en las que se ejercen las estrategias de disputabilidad de los sentidos en el lenguaje. La economía disciplinar, con sus luchas y reyertas bizantinas en pos de la demarcación del campo de voces legítimas es un ámbito de notable vigencia de la disputabilidad paradigmática, el disenso académico y la oclusión de voces. Por su peso en la esfera pública y su capacidad de incidir en la esfera política cobra entonces especial interés la forma en que esa disputa se desenvuelve y sus consecuencias específicas en el plano epistémico.

¿Cómo se comunica y valida intersubjetiva y disciplinarmente el conocimiento económico? Nuestra pregunta nos condujo a la obra de McCloskey, luego de mostrar cómo la forma disciplinar económica recurrió por etapas al apriorismo, el racionalismo, la axiomática y a dosis inconstantes de inducción y empirismo, antes de recostarse en la teoría de sistemas para intentar articular un discurso a mitad de camino entre una ciencia social de la complejidad y una ética científica. La aproximación retórica de McCloskey nos permitió discernir la importancia, para los persuasores económicos, del recurso a la *sátira académica*, el *presente gnómico* y el *realismo inevitable*.

Sin embargo los costos crecientes de estas estrategias resultan evidentes, volviendo acuciante el problema de la demarcación no en tanto problema epistemológico, metodológico o científico, sino como tópico antropológico, político y existencial. Hacia adentro, intra-disciplinarmente, y hacia afuera, como economía política de un lenguaje que prefigura de manera axial nuestras hipótesis acerca de la realidad de eso que llamamos sociedad, el saber

económico, configura un *éthos* difuminado, que aporéticamente convoca aquello que justamente pretende aventar. Mientras horada todo *aquí y ahora*, pretende alzarse como la voz de una verdad perenne. Mientras intenta fundar una autoridad legítima e incontestable, embota la imaginación con la complejidad de un termitero semióticamente saturado. *Sistema-persona*. Ética de lo inevitable. Presente sin tiempo. El resultado es desalentador y augura horizontes tormentosos. La disputabilidad paradigmática todavía no sabe qué sueños soñar ni en qué vigilia despertar. Tampoco ha conseguido comprender si el domo que contiene nuestras angustias es acaso la guarida donde habitan los animales o la morada en la que fructifica lo humano.

## *Bibliografía*


-DUPUY, Jean-Pierre. **El sacrificio y la envidia.** Barcelona: Gedisa, 1998.

-EICHNER, Alfred. **The Macrodynamics of Advanced Market Economies.** Nueva York: Sharpe, 1987

-FRYE, Northrop. **Anatomía de la crítica**. Caracas: Monteávila, 1957 (1977).

-FRYE, Northrop. **Fables of Identity.** Londres: Harper, 1963.

-FRYE, Northrop. **The Stubborn Structure.** Londres: Methuen, 1970.

-FRYE, Northrop. **El gran código.** México: Gedisa, 1988.

-GARCÍA MORENTE, Manuel. **La filosofía de Kant.** Madrid: Espasa-Calpe, 1975.

-GUERRIEN, Bernard. **L'économie neo-classique**. París: La Découverte, 1989.

-KALDOR, Nicholas. **Furher Essays on Economic Theory**. Londres: Duckworth, 1978.

-MCCLOSKEY, Deirdre. "The Rhetoric of Economics", en **Journal of Economic Literature,** Vol. 21, N.2, 1983.

-MCCLOSKEY, Deirdre. **The Rethoric of Economics.** Madison: University of Wisconsin Press, 1985.

-MCCLOSKEY, Deirdre. **If You Are So Smart. The Narrative of Economic Expertise.** Chicago: University of Chicago Press, 1990.

-MCCLOSKEY, Deirdre. **Knowledge and Persuasion in Economics**. Cambridge: Cambridge University Press, 1994.

-POLANYI, Michael. **The Tacit Dimension.** Nueva York: Doubleday, 1966.

-SAMUELSON, Paul. **The Collected Scientific Papers of Paul Samuelson.** Vol. 2. Cambridge**:** MIT Press, 1966.

-TODOROV, Tzvetan. **Introducción a la literatura fantástica.** Buenos Aires: Paidós, 2006.

-TOULMIN, Stephen. **The Uses of Argument.** Cambridge: Cambridge University Press, 1958.

-VON HAYEK, Friedrich. "*Theory of Complex Phenomena*", en **Studies in Philosophy, Politics and Economics.** Londres: Routledge and Kegan Paul, 1967.

-VON HAYEK, Friedrich. **Derecho, legislación y libertad T.1 Normas y orden,** Unión Editorial, 1978

-VON HAYEK, Friedrich. **The fatal Conceit. The Errors of Socialism.** Chicago: Chicago University Press, 1988.

-VON MISES, Ludwig. **The Human Action: A Treatise on Economics**. Londres: W. Hodge, 1949.

-WHITE, Hayden. **Metahistory.** Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1973.

-WHITE, Hayden. **El contenido de la forma.** Barcelona: Paidós, 1992.